



## COLECCIÓN DE CEREBROS

1. Andrei Sajarov, creador de una de las armas más poderosas jamás construidas por el hombre -la bomba H-, dedicó gran parte de su vida, paradójicamente, a la lucha por la paz mundial y el desarme. Su obra científica y humanística permanece como testimonio de brillantez intelectual. Al fallecer hace diecinueve años, su cuerpo siguió el camino natural que a todo ser viviente al morir espera, pero su cerebro tuvo diferente suerte: pasó a formar parte de una colección de masas encefálicas que se enriquece con cerebros de hombres ilustres y que se preservan de la descomposición para estudiarlos con la esperanza de desentrañar en ellos la clave del intelecto y la conducta humana.

2. Se atribuye al médico alejandrino Herófilo de Calcedonia (s. III a.c.), la prioridad del descubrimiento del cerebro como morada de la razón y órgano rector del cuerpo. Sin embargo, sobre esta idea prevaleció la creencia aristotélica de que el centro del alma era el corazón caliente, mientras que el cerebro, órgano frío, se complementaba con el corazón para equilibrar las actividades corporales. En el siglo IV d.c. Nemesio de Emesa consideró que el alma racional habitaba las oquedades ventriculares cerebrales, idea que prevaleció por varios siglos. Andrés Vesalio, en el siglo XVI, presentó en su *De Humani Corporis Fabrica* una nueva anatomía que, aunque si no discute la existencia de ese pneuma psíquico en los ventrículos, da pie a considerarlo falso. Posteriormente, Descartes hizo grandes aportaciones, mediante su pensamiento lógico, a lo que sería la neurofisiología. Desde entonces, innumerables médicos y sabios se cautivaron por las formas y dimensiones del cerebro; tanto fue su interés, que se preguntaron si esas cualidades eran indicativas de la poca o mucha inteligencia de las personas. Se buscaba satisfacer esta curiosidad practicando craneotomías en hombres celebres, locos y criminales recién

ejecutados, y midiendo y pesando sus cerebros.

3. En el siglo XIX, Franz Gall y Johann Spurzheim concibieron la idea de que las facultades intelectuales y morales existían en diversas regiones del cerebro; a esto se le llamó frenología. Más tarde, Paul Broca, uno de los fundadores de la neurocirugía y partidario de la idea de que las formas del cerebro estaban directamente relacionadas al tipo de actividad que realizaran las personas, al sexo y a la raza, aseguraba que un obrero tendría un cerebro más pequeño que un sabio; que el cerebro de la mujer era más pequeño que el del hombre; que el de los blancos era mayor que el de las otras razas. Su afirmación se basaba en el estudio de cientos de cerebros pero, aunque trató de ser objetivo en sus evaluaciones, estuvo prejuiciado por el racismo. Broca murió a causa de un aneurisma, y su propia masa cerebral se sumó a la extensa colección de cráneos y cerebros que con tanto celo y dedicación adquirió y estudió durante su vida.

4. Cuando en 1955 murió Albert Einstein, y a pesar de haber rechazado en vida cualquier posible donación de sus órganos, con el permiso de su hijo Hans Albert el cerebro le fue extirpado durante la autopsia. Thomas Harvey, el médico forense que hizo esto, se lo quedó para sí y lo ocultó. En 1978, Steven Levy, articulista de temas científicos, buscó el cerebro de Einstein. El rastreo lo llevó desde Princeton hasta Wichita, donde localizó al forense y al cerebro de Einstein hecho rebanadas. Semanas después, Marian Diamond, neuróloga de la universidad de Berkeley, acosó a Harvey hasta que obtuvo dos trociscos del cerebro. Según Harvey, desde 1956 él distribuyó pedazos entre neurocientíficos, pero no hay publicaciones que avalen estudios sobre ese material. Harvey hizo maletas y, cargando los tarros de vidrio que contenían más de 200 trozos del

cerebro y cerebelo de Einstein, amontonados en una caja de cartón, se mudó a un lugar más apacible. En 1998, Harvey decidió “traspasar el resguardo” de los restos cerebrales de Einstein a su colega Elliot Krause, quien se encargaría de tenerlos a buen recaudo.

5. El cerebro humano pesa en promedio 1,450 gramos. El de Lord Byron pesó 2,200; el de Turgueniev 2,012; el de Cuvier 1,830; el de Walt Withman 1,282; el de Anatole France 1,017; el de Broca 1,484; el de Franz Gall 1,198; el Albert Einstein 1,430. Algunos de ellos aún flotan en formalina mientras que de otros no quedan restos. Lo que se ha hecho evidente es que el peso del cerebro no es un indicador del grado de inteligencia que un individuo pueda manifestar. Además, para que florezca la inteligencia se necesita más que masa y un coeficiente intelectual alto; Stephan J. Gould lo aclaró al expresar: “cuanta gente con gran potencial intelectual no se ha perdido trabajando en los campos y en las fábricas sin haber tenido nunca la mínima oportunidad de desarrollarlo”.

6. El interés actual por los cerebros de científicos e intelectuales no está motivado por la antigua doctrina frenológica, sino por la creencia de que alguna memoria ha quedado archivada entre los vericuetos de la masa encefálica y que en un futuro, cuando la neurociencia avance terreno, por algún medio podrá ser sacada a la luz y permitirá construir un esquema de las vertientes de la creatividad, genio e imaginación en las artes, ciencias y relaciones humanas. Entre tanto, y hasta que esto no suceda, el cerebro de Sajarov acompañará en la espera a los cerebros de Lenin y Stalin.

7. El cerebro de Popper descubrió el Mundo 3, “el mundo de los productos de la mente humana, como las historias, los mitos explicativos, las herramientas, las teorías científicas, las instituciones sociales y las obras de arte”.

#### *Colofón*

El cerebro es un órgano que comienza a trabajar cuando uno se despierta y cesa de funcionar cuando uno entra a la oficina.

Woody Allen.

